

**10. Importancia del radicalismo en el gobierno divino del mundo.**—Sin duda que estas dos cualidades del radicalismo entrañan ya bastantes motivos para justificar las opiniones que producen. Pero, para nosotros, el motivo principal consiste en que, sobre una base perpetuamente vacilante como el capricho humano, no puede edificarse un orden duradero de derecho y de sociedad válido para todos. No, sin Dios no hay derecho que valga, no hay verdadera sociedad, ni orden benéfico soportable y duradero. El radicalismo se ha separado de Dios en la medida en que puede hacerlo la fuerza humana, y por esto es, en el común sentir de los hombres, el presentimiento de aquel dominio del cual se dice que carece en absoluto de orden, porque es el terror perdurable.<sup>(1)</sup>

Pero con esto no quiere decirse que la Revolución y el radicalismo puedan sustraerse á la acción de Dios. También ellos, como el absolutismo, son, en las manos de Dios, instrumentos para ejecutar los planes eternos de su Divina Providencia. Dios no ha hecho la revolución como tampoco el infierno. Esto es lo terrible en ellos; pero los utiliza para alcanzar su objeto. Y su objeto consiste en abrir los ojos á aquellos que juegan con el derecho de Dios y con su santo nombre, para aplicarles, si no quieren respetarlos, el castigo merecido. Con razón dice Ibsen:

«Con la mentira y el engaño, con los tratados que rompéis, con los juramentos que violáis, jovialmente abonáis el campo con exceso, ¿no es verdad? Sin duda, esperáis obtener de él frutos dulces y hermosos. La simiente ha germinado. Pero ¿qué esplendor es este? ¡Parecéis ahora locos de terror! Es que, en vez de espigas, recolectáis puñales».<sup>(2)</sup>

Así, hasta el radicalismo debe servir, á pesar suyo, para realizar el orden según Dios. Propio es de la política divina que Dios se digne él mismo castigar á menudo con su propia mano á los que deben ser castigados; pero, con

(1) Job., X, 22.

(2) Ibsen, *Gedichte* (Passarge), 91.

relación á los pueblos, casi siempre confía el castigo de una nación á tiranos ó á otros pueblos que todavía son peores que los que se han hecho acreedores á su castigo. Así, Israel fué entregado á Asiria y á Babilonia, los persas á los griegos, los romanos á los vándalos, los cristianos á los mahometanos, y, en nuestros días, á los judíos. Todos estos látigos de Dios son instrumentos de la divina justicia, y prueba del gobierno divino del mundo.

Así, pues, ninguno se lamenta de que el mal tenga su soberanía en el mundo. Todos pueden ver en esto una prueba de que el mal es siempre castigado por mayor, en las comunidades humanas, ó él mismo se castiga. ¿Es un pueblo todavía digno que ha ser castigado? Dios envía contra él un opresor más poderoso. Si no es digno, debe él mismo consumirse en la decadencia. Hace ya más de dos mil años que dijo Dios por la boca de su profeta: «Asur es la vara y el látigo de mi furor; he hecho á su mano instrumento de mi cólera. Con la fuerza de mi brazo, he hecho estas cosas, y con mi propia sabiduría, he arrebatado los límites de los pueblos, saqueado los tesoros de los príncipes, y, como un conquistador, arrancado los reyes de sus tronos. Pero cuando Asur haya realizado su obra, abatiré su orgullo, y, con su victoria, se producirá un fuego que lo consumirá».<sup>(1)</sup> Dios no dice que quiera dignarse castigar por sí mismo á estos instrumentos degenerados. Por lo demás, sería inútil, ya que se desgarran mutuamente en medio de sus excesos, y chocan entre sí, por modo tan violento é irracional, que se reducen á polvo. Hace más de tres mil años que Joatham dirigía estas palabras á los habitantes de Sicheim: «Si habéis tratado como debíais á Jerobaal y á su casa, y si no le habéis hecho injusticia, que Abimelech sea vuestra dicha, y que podáis también ser la felicidad de Abimelech. Pero si habéis obrado contra toda justicia, que el fuego salga de Abimelech y que consuma á los habitantes de Sicheim, y que el fuego salga de los habitantes de Sicheim y devore á Abimelech».<sup>(2)</sup>

(1) Is., X, 5 y sig.—(2) Jud., IX, 19-20.

Esto mismo ha ocurrido centenares de veces en la historia; y esto ha ocurrido también con el absolutismo y el radicalismo. El absolutismo ha sido castigado por Dios con el radicalismo, y el radicalismo es el ejecutor de su propia sentencia.

### CONFERENCIA III

#### EL LIBERALISMO

1. **Naturaleza del liberalismo.**—Cuando dos se pelean, se alegra un tercero. Cuando dos ejércitos se preparan para el combate, ansiosa la tierra, se calla, y el cielo retiene su aliento, por compasión á las desgracias que las pasiones de los hombres van á causar. Un solo ser—dice el antiguo poema anglo-sajón—«eleva entonces su voz ronca: el negro cuervo, que corretea, acecha, escucha y espera su comida de cadáveres».

Hemos presenciado el combate gigantesco del absolutismo y de la Revolución. Ninguno de los dos adversarios se ha aprovechado de él. Golpes mortales se han asestado mutuamente, pero el provecho ha sido para otro. El liberalismo es el que se ha apoderado de todo el botín. Esta ave de mal agüero reposaba, durante el combate, en su nido bien caliente; pero cuando llegó la hora de inspeccionar el campo de batalla, de desbalijar á los muertos y de ocultar sus despojos, apareció por primera vez ante los pueblos asombrados. Ocurrió esto en el Congreso de Viena. En aquella época, no era más que un animal despreciable, el cual, por la actividad que desplegaba, era de cierta utilidad en los trabajos de limpieza. Su hambrienta catadura y su pequeñez dábanle el aspecto de un ser inofensivo é insignificante, incapaz de empresa alguna de importancia. Pero á medida que se rehacía con la carne de los cadáveres, crecía y engordaba, hasta el punto de que muy pronto se convirtió en esa ave gigantesca, cuyas sombrías alas cubren ahora el mundo entero. Pero lo que crecía aún más que él, era su hambre devoradora. En efecto, cada día pedía una nueva presa. Si se le daba, era el ani-